



WILLIAM BUTLER YEATS

## POESÍA REUNIDA

EDITORIAL PRE-TEXTOS

WILLIAM BUTLER YEATS,  
*Poesía reunida*, traducción de Antonio Rivero Taravillo, Pre-Textos, Valencia, 2010, 791 pp. ISBN 978-84-8191-46-6.

**L**A obra de los grandes poetas, aquéllos que están destinados a resistir los envites del tiempo —la homérica generación de las hojas— debiera publicarse siempre así, como ha hecho Pre-Textos con la *Poesía reunida* de William Butler Yeats, en edición impecable, bilingüe para mayor gozo de sus lectores, y hoja perenne en virtud de una versión que podría ser la definitiva a cargo del traductor Antonio Rivero Taravillo. De Yeats conocíamos ya versiones en diversas antologías o en títulos exentos, algunas de Juan Ramón Jiménez o de Luis Cernuda, que lo admiraron profundamente, pero nadie se había atrevido hasta ahora con toda la producción poética del Nobel irlandés, un reto del que sale airoso Rivero Taravillo, a quien ya le debíamos la hazaña de verter en lengua castellana la poesía completa de Shakespeare.

Y es que recrear la voz lejanísima de Yeats, de antiguas resonancias celtas, de tonos que se elevan a lo legendario o se hunden en lo íntimo, apoyados además en variados metros y *rimas que cuentan / cosas descubiertas en lo hondo* —eso tan indescifrable y difícil de reproducir que llamamos evocación—, plantea al traductor múltiples complicaciones que ha de sumar a las ya consabidas por cualquiera que se acerque al mundo personal de este escritor, cuya obra, como una parte de la gran literatura del siglo pasado, en palabras de José María Conget, “fue tocada por el ala aleve del ocultismo, desde Yeats a Huxley,

desde Rubén Darío a Borges”. Muchos de sus versos están impregnados de simbología (*No tengo lengua sino símbolos, la lengua pagana que creé entre los sueños de la juventud*), del eluardiano *Hay otros mundos pero están en éste*, pero también de un intenso lirismo aguzado por las espinas del amor, que hicieron de él un “letraherido” extremadamente sensible al paso del tiempo, cuya fugacidad lo atormentó al punto de debatirse en muchas ocasiones entre la vida y su obra. Una dicotomía que no es tal en el mundo de los sueños, *pues ella tenía sangre ardiente / cuando yo era joven, / y dulcemente ufana caminaba / como por una nube, una mujer a quien cantara Homero, / pues vida y literatura parecen / un sueño heroico sólo*. En su obra los largos poemas narrativos de profunda raíz fabulosa se combinan en armonía con la balada popular, extensos diálogos neoplatónicos con la canción del bardo que se dirige a la Irlanda del mañana: *Sabe que querría ser considerado / fiel hermano de una cofradía / que cantó, para endulzar el mal de Irlanda*.

Su mirada, llena de lánguida melancolía, vaga por mundos pretéritos como la mirada del viejo que *atiza el fuego y lo aviva / en casa de un hijo, un amigo, un hermano /, [...] que oye la tempestad sobre la chimenea / y se inclina sobre el fuego y tiembla aterido / mientras su corazón sueña aún con amor y batallas / y el gritar de los perros en las lomas de antaño*. Elementos del pasado y de la mitología autóctona con los que compone *una triste hermosura*, poemas de una arcana belleza y de una cadencia épica muy bien traídas al español, que contrastan con la inocencia de algunos versos amorosos —demasiadas heridas, tal vez— en los que

el poeta se muestra excesivamente ensimismado, en ocasiones pusilánime, falto de arrojo: *¿He de culparla por colmar mis días / de sufrimiento [...]?* *Como un arco tensado su belleza, / [...] altiva, solitaria y severísima, / [...] ¿Existía otra Troya que incendiar?* O por ejemplo en la deliciosa ‘Canción tabernaria’: *Por la boca entra el vino, / y el amor por el ojo; / es la única certeza / hasta que, viejos, muramos. / Alzo el vaso a la boca, / te contemplo, y suspiro.* El propio Yeats parece explicarlo con raras dosis de humor y brío en el poema ‘Reconciliación’:

Algunos te acusaron de robar  
 los versos que pudieran conmovellos  
 el día en que el oído, sordo, y los ojos ciegos  
 por un rayo, te marchaste de mí,  
 y sólo encontré para hacer mi canto  
 reyes, yelmos, espadas y cosas olvidadas,  
 que eran recuerdos de ti. Mas ahora  
 demostremos que el mundo vive igual que antes;  
 y entre ataques de risas y de llanto,  
 arrojemos a un hoyo espadas y coronas.

“Reyes, yelmos, espadas y cosas olvidadas que eran recuerdos de ti”, por eso el poeta responde orgulloso a los que lo acusan de quimérico o fabulador, a quienes llama “los realistas”:

¡Espero que podáis comprender!  
 ¿Qué pueden los libros de hombres que se casan  
 en un país guardado por dragones,  
 qué los cuadros de las ninfas del mar  
 traídas por delfines en carrozas de perlas,  
 sino despertar una esperanza de vivir  
 que se había ido  
 con los dragones?

Sin embargo, las leyendas de la vieja Irlanda van dejando paso a una mayor austeridad, los suaves versos evocadores a una gravedad que se deja notar también en su lengua, más depurada e impersonal. El poema con el que se cierra el libro *Responsabilidades* parece anunciarlo de esta manera: *Hice de mi canción un manto / cubierto con bordados / de viejas mitologías desde el talón al cuello; / pero los necios lo cogieron, / lo llevaron ante los ojos del mundo / como si fuera obra suya. / Canción, déjales que lo cojan, / pues hay más aventura/ en andar desnudo.* Y poco después, en *Los cisnes salvajes de Coole*: *Ya me agotan los sueños; / un tritón de mármol desgastado / en los arroyos.* O en el poema ‘Sueños rotos’: *Todo el día en esta misma silla / de sueño en sueño y verso en verso he ido / divagando con una imagen de aire: vagos recuerdos, nada más que recuerdos.*

Los versos del hombre maduro, del poeta en su plenitud traen consigo un cambio en el tono, de reflexiva austeridad, y la recurrencia en algunos temas, entre los que predominan la realidad de su tiempo, el compromiso político con Irlanda y sobre todo la nostalgia del amor y de la juventud perdida, recuerdos sobre los que se cierne, a la vejez, la sombra de una duda lacerante: ¿Mereció la pena su elección? *Sólo un dolido corazón / concibe una inmutable obra de arte.*

No hay mejor tributo a esa obra inmutable que esta exquisita edición concebida para quedar como referente, y esta traducción cuidadísima en la que el uso puntual de arcaísmos, como se ha dicho —“magín” o “por cima de”— y localismos —“rapazuelos” o “compaña”—, o el tropiezo ocasional del contenido con la métrica —*yo nos ocultaré de la tormenta*— no enturbian el logro mayor y más loable: que no se oiga más que la voz de Yeats en español, musical, apasionada y penetrante.

**Juan José Tejero**

